

Verdad y realidad: el problema de los conceptos universales

EL PROBLEMA DE LOS UNIVERSALES (identificación): a partir de las *ideas* de Platón, de las *formas* o esencias aristotélicas, y de la dogmática cristiana medieval que las identificó con ideas o conceptos divinos, este problema polarizó una de las discusiones más fecundas de la medievalidad, por la interesante dialéctica entre la realidad y el lenguaje, continuada en tiempos actuales por las reflexiones sobre el signo y su relación con las cosas.

EL PROBLEMA DE LOS UNIVERSALES (origen de la controversia): Introducción de Porfirio¹ (s. III), traducida por Boecio (s. V-VI): «Por lo que hace a determinar si los géneros y especies existen realmente, o sólo en nuestro entendimiento, y lo mismo si, en caso de subsistir, son cosas corpóreas o incorpóreas, y si existen separadas de las cosas sensibles, o más bien están en las mismas cosas sensibles, rehúso decir mi opinión, porque es empresa muy alta y que exige mayor investigación.»

Mox de generibus et speciebus, illud quidem sive subsistant, sive in solis nudis intellectibus posita sint, sive subsistentia corporalia sint an incorporalia, et utrum separata a sensibilibus an in sensibilibus posita et circa haec consistentia, dicere recusabo; altissimum enim negotium est hujusmodi, et majoris egens inquisitionis.

EL PROBLEMA DE LOS UNIVERSALES (posiciones)

- realismo: San Anselmo (s. XI), Tomás de Aquino (s. XIII). Dios y las esencias preexisten a los individuos (realismo exagerado) o bien residen en ellos como esencia o ejemplaridad (realismo moderado)
- nominalismo: Roscelino (s. XI), Pedro Abelardo (s. XII), Guillermo de Ockham (s. XIV). El universal es un *flatum vocis* (golpe de voz), un predicado de muchos o un nombre convenido por el parecido que tienen los entes individuales.

Pero la cuestión de fondo reside en la rica dialéctica que la discusión establece entre: la primacía ontológica de la realidad física, que siempre es individual, la abstracción de las esencias o principios universales, que es el objetivo natural del conocimiento, y la mediación, siempre volátil, del lenguaje entre la realidad y el sujeto [hablante].

La discusión sigue viva en el campo de las teorías y filosofías del lenguaje, en todos los tratados sobre epistemología o teoría del conocimiento y en las reflexiones e investigaciones más recientes de la neurolingüística.

Texto. ROSA PRISTINA: “*Stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemus*”... que podría traducirse de modo libre en la forma pero atentamente con el sentido por: “De la rosa original permanece el nombre, [y] nombres desnudos [es lo que] tenemos”.

Umberto Eco quiso terminar así la novela que publicó en 1980, y que tituló “El nombre de la rosa” como tributo a las infinitas disquisiciones que cruzan el cielo de la historia, ya desde Sócrates, y que continúan alimentando hoy a los lingüistas en su lucubración sobre el signo. La discusión se encarnizó durante la Baja Edad Media, cuando los seres naturales comenzaron a levantarse contra los conceptos, que de modo universal los atenazaban.

Porque Los Padres de la Iglesia, que durante los siglos tempranos de nuestra era se encargaron de poner en cristiano las ideas de Platón, no habían dejado resquicio para que respiraran los entes individuales. Entre ellos, los indeterminables pecados cometidos por hombre con mujer fueron los únicos modos jocundos de la experiencia, vívidas, sensibles, fugaces, y de cuyos nombres -ya desnudos de carne- no merece la pena acordarse (G.B.)

¹ Porfirio (Batanea de Siria o Tiro c.232 – Roma 304 d. C.) fue un filósofo neoplatónico griego discípulo de Plotino